

EL SOMBRERO ROJO



Esta es la historia de María.

María tiene 28 años, es administrativa y tiene la intención de comprarse un sombrero rojo. Pero no un sombrero cualquiera, sino ese sombrero rojo, tan caro y tan bonito, para el que lleva ahorrando varios meses, ese que has visto en las revistas que llevan las famosas y que les queda tan bien. **ESE sombrero.**

Cuando por fin llegó el día en que reunió el dinero suficiente para comprarlo, María se acercó a la tienda, se hizo con el sombrero rojo, volvió rápido a su casa, lo sacó cuidadosamente de la bolsa, se lo colocó en la cabeza y corrió hacia el espejo para ver el resultado. Entonces, ocurrió algo imprevisto: **¡El sombrero ya no le gustaba!**

Aquello era incomprensible. Si era el sombrero perfecto, si a todo el mundo que se lo había visto puesto le quedaba bien... María intentó colocárselo de mil formas, se enfadó consigo misma, maldijo mil veces su cara, sus ojos, su nariz, su boca y su color de piel por no combinar con aquel sombrero rojo. Hasta que se le ocurrió una idea:

“¿Y si cambio de sombrero?”

Evidentemente, la historia de María no es más que una metáfora que nos lleva a reflexionar sobre esas situaciones en las que diseñamos un plan rígido para alcanzar nuestras metas. La lógica nos dice que seguir las indicaciones (ahorrar, comprarte el sombrero y ponértelo en la cabeza como todo el mundo) es la manera correcta de conseguir aquello que deseamos, ya sea porque lo hemos aprendido de nuestra familia, porque lo hemos leído en un libro o porque la sociedad es la que ha ido diseñando previamente el plan que nosotros nos disponemos a seguir. Sin embargo, **el carácter rígido de nuestro pensamiento muchas veces no nos permite ver que aparte de el plan establecido pueden existir otros mil planes para llegar al mismo sitio**, lo cual nos conduce a menudo a terminar llevando un sombrero que no nos gusta y a sentirnos fatal por ello.

Y tú ¿Vas a cambiar de sombrero?

Lucía Pol González